

## El puente de la noche

*Elite*, 1952-06-21.

Media noche. Los botiquines acaban de cerrar. Frente a los tres establecimientos que hay en la cuadra se sigue discutiendo en pequeños grupos. De caballos, de mujeres, de cualquier cosa.

Un borracho cruza apresuradamente la calle, como a impulsos de un empujón, y se desmorona sin un gemido sobre la acera. Un perro flaco y sucio se detiene un rato para olerle los pies, y continúa lentamente su camino. ¿Dónde irán los perros solitarios al anochecer?

Más adelante hay un puente, y en el puente otro perro. Ambos se juntan los hocicos en signo de amistad; giran en rueda protestando mutuamente con sus colas, y uno tras otro, parándose en los postes, se van calle abajo.

\* \* \*

Un silbido. Un frase soez. Un cumplido. Acaba de voltear la esquina una mujer. Los grupos han levantado la voz. Todos se han unido en un comentario. Ya el diálogo se hace entre grupos. Es para que oiga los comentarios la mujer. Pero ésta sigue su camino despacio, como si no escuchara. Casi tropieza con el borracho tendido en la acera. Apura dos, tres pasos, y sigue despacio otra vez.

Uno de grupo la alcanza. Sus amigos le animan con voces turbias de instinto. La mujer se detiene y gira en redondo. El hombre se para también, y se acoquina un poco. Los grupos jalean la faena. Pero el hombre no se anima; mira a los ojos a la mujer, se lleva la mano a la cabeza, y sonrío como un idiota.

– ¿Qué desea usted?...

La mujer está serena. habla lentamente, como camina. Es cual si la lentitud no estuviera en los pies. El hombre se fija en aquellos ojos tristes, en aquella palidez; repara en sus pechos caídos, en el abandono de su ropa, en sus pelos negros y lacios pegados con el sudor a las mejillas, en la respiración difícil de la mujer, y balbucea apenas:

– No, nada; es que...

La mujer está de nuevo en camino. El hombre regresa despacio al grupo, abochornado por su conducta o las voces idiotas de sus amigos. Lo reciben con una risotada general.

– ¿Qué fué lo que pasó?

– Está loca...

– ¿Loca, ni vale?... ¡qué va!... Esa lo que quiere es real...

\* \* \*

"Real, real"... La mujer se ha detenido en la esquina del puente. Sí, eso es lo que ella necesita.

Está acodada en la baranda del puente, en la misma esquina. Ahora se fija en aquellos hombres que hablan duro y se ríen. Pero ya no hablan de ella. Lo presiente con ese instinto especial de mujer. Ahora que su pecho está pegado a la baranda, nota una extraña ligereza en las piernas, y un peso enorme en la cabeza, hundida un poco en la oscuridad de la quebrada. Aquello está negro como un infierno. Los ojos descansan, y se van abriendo más, más, como sedientos de oscuridad. Poco a poco se va haciendo un poco de luz en la hondonada. Va descubriendo una lata, cajas rotas, pedruscos, y un río; un río flaco, delgado como un hilo. Ella nota correr el agua, fresca, hiriente, desde la sien, sobre la mejilla. Tiene húmedo todo el cuerpo, como si alguien le echara agua sobre la cabeza para apagar la fiebre.

De la oscuridad sube ahora un frescor suave de brisa que le seca la cara. Sólo aquel hilo de agua que baja de la sien, sobre la mejilla y le llega amarga a la boca; como aquel hilo de la quebrada, que nunca se acaba.

¡Cómo le duele el pecho ahora! La mujer se voltea, se recuesta contra la baranda, y mira hacia el otro extremo del puente. Cierra los ojos; le hace daño la luz.

¡Qué calor! Es un calor extraño; ahora le baja a los pies, y nota las pulsaciones en los tobillos, como si el corazón se hubiera deslizado allí. ¡Cómo se le aligera la cabeza!...

El hilo ha dejado de correr; se le ha parado en la mejilla. Y ahora siente frío. Frío en la cabeza, en el pecho, en los brazos; sólo tiene calientes los pies. Pero eso sí, los pies le arden.

Camina un poco con la mano en la baranda, a ciegas. De pronto abre los ojos: ¡qué horror!, el puente se mueve, se va a caer, y es largo... ¡qué largo es! De nuevo se acoda en la baranda; de nuevo se le aligeran los pies; empieza a zumbarle la cabeza... ¡Qué dulce es la oscuridad!... Y el puente no se mueve, qué va!

Hasta que otra vez le duele el pecho; de nuevo se voltea, y otra vez...

\* \* \*

Ya empieza a amanecer. Una luz blanca va lamiendo los contornos de la mujer, acodada en la baranda. Está casi en el otro extremo del puente. Le siguen doliendo alternativamente la cabeza y los pies. No se ve a nadie más en la cuadra.

Ahora vienen dos perros calle arriba. Se turnan en la esquina una vez, dos veces. El más viejo, flaco y sucio, rompe el círculo, y enfila el puente. El otro viene tras él. Apenas si se detienen en los postes por costumbre, uno detrás, de otro, y siguen zigzagueando por la acera opuesta a la que ocupa la mujer. Ella no los ve. Ella se fija en su sombra, larga como un espectro. Sus ojos indagan el origen de aquella luz. Ese incendio le devorará otra vez. ¡Cómo le duelen los ojos!

Camina así, con la mano en la baranda. ¡Se terminó el puente! Y llegó a la otra esquina. ¡Qué largo era ese puente! Pero ya pasó. Ahora a casa; ¡pronto! Pero a casa: ¿a qué casa?...

Y camina, camina, un poco atropelladamente. Pero casi no avanza; es como si la lentitud no estuviera en los pies.

Ahí viene un repartidor de pan. Se le queda mirando con una sonrisa maliciosa. En cuanto se crucen le va a decir una grosería; por la espalda. Y la dice. Ella no la oye. Y se va despacio, lentamente, con el corazón latiéndole en los tobillos. Le saludan chirriar de persianas al pasar. Ahora abren los botiquines; pero están vacíos de borrachos. ¡Menos mal!...